

LA DIMENSIÓN TRASCENDENTE DE LA PERSONA Y EL DESARROLLO DE UNA NUEVA INTELIGENCIA

Tal vez no haya, en la actualidad, un tema más debatido y en el que se haya gastado más tinta que el de **la persona**. La persona ocupa el centro de atención de la humanidad. De ahí que sea de sumo interés el saber de una manera descriptiva, al menos, qué es la persona para poder hablar de ella con la menor imprecisión ya desde el comienzo. La persona ha recibido diversas acepciones, a tenor de los distintos intereses que convergen en ella. Su riqueza permite una visión multifacética, que no ha sido agotada toda su hondura. Efectivamente, la persona no es catalogable en unos esquemas prefabricados, porque su característica más saliente de vida lo impide.

Podría decirse que la persona, en su aspecto más noble, es la autoposición consciente de su ser relacional.

Al hacer referencia a la persona no podemos pasar por alto su estrecha conexión con las relaciones humanas. Estas comprenden la dimensión de la persona no solo a nivel individual y familiar, sino también en el plano social e histórico. La persona está estructuralmente hecha para la relación interpersonal en todos los sectores que la constituyen.

Si la persona tiene una dimensión física, otra psicológica, otra afectiva, otra social..., tiene también una dimensión trascendente o espiritual. Es esa parte de la persona en donde se alojan los valores, el sentido de la vida y de la muerte, los amores y desamores, la relación con Dios, etcétera. No se trata únicamente de hablar de religión. Se trata de reconocer que, en situaciones de crisis, la pregunta “quiénes somos” nos desborda y nos remite a un horizonte de valores que están fuera de nosotros, que nos transcienden. Esta dimensión, exclusivamente humana, se relaciona íntimamente con el sentido de la vida basado en un sistema de valores.

En el ser humano la dimensión trascendental empieza a gestarse desde los primeros momentos del niño o de la niña, cuando empieza a sentirse parte importante en su núcleo familiar para más tarde ser un ciudadano participativo y solidario: se orienta al desarrollo de las potencialidades y a la búsqueda de la felicidad, así como el amor por los demás, la admiración por la belleza y la promoción de la esperanza, de tal modo que el ser humano sea artífice de su propia historia y de su realización personal con profundo sentido de trascendencia.

La dimensión espiritual o trascendente consiste en relacionarnos armónicamente con la totalidad, con el todo (la sociedad, la especie, el planeta, el cosmos); es la capacidad de ser felices a pesar de las circunstancias. Su fomento tiene base en la seguridad afectiva, el cultivo de la libertad, la autoestima y la promoción de valores. No es netamente religioso.

Hace referencia a la experiencia interior más profunda de la persona, que la conduce a dotar de sentido y propósito a las propias acciones y existencia, sean cuales sean las condiciones.

Según Howard Gardner, esta dimensión es analizada como inteligencia espiritual: "Es la capacidad de trascendencia, de ir más allá de lo biofísico y social, más allá del cuerpo y las emociones".

Referencia:

Vergés Ramírez, Salvador. (1974) Dimensión trascendente de la persona. Espíritu: cuadernos del Instituto Filosófico de Balmesiana. Fundación Dialnet. Recuperado de: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=7506803>